

Aguas que se desbordan



Llorenç Guilera

AGUAS QUE SE DESBORDAN:
UNA INUNDACIÓN FATÍDICA.

© Llorenç Guilera, julio de 2024.

ISBN: 9789403752617

Editor: Independently published.

Episodio núm. 6 de las
Aventuras del inspector Robert Gálvez

Reflexiones previas

Los hombres discuten. La naturaleza actúa.

Voltaire

Las fuerzas de la Naturaleza discurren con normalidad entre intensidades bajas y unos grandes desbordamientos que (aunque tienen su belleza) causan daños a los intereses humanos. No deberíamos olvidar que la ira humana es una fuerza más de la Naturaleza. Una fuerza que está en nuestra mano controlar.

El autor

Capítulo 1 – La llamada de un viejo amigo

Figueres, Asilo Villalonga, jueves 22 de noviembre de 2018.

11:00 a.m.

La cuidadora acompaña al inspector Robert Gálvez a la presencia del residente Joan Cornet, sentado en un butacón de la sala de lectura de la biblioteca.

Robert se horroriza al ver en qué los años y la soledad han convertido a su querido instructor de su primer año en la Brigada de Homicidios, al hombre que le ayudó cuando solo tenía 25 años a cambiar de Narcóticos a Homicidios.

Joan Cornet es ahora un anciano mal vestido y desaliñado, despeinado y sin afeitar. Es evidente que está sumido en una profunda depresión.

Cuando la cuidadora le susurra que ha llegado su visita, pega un brinco de alegría y corre a abrazar a Robert con efusión.

Robert le corresponde con el mismo afecto, aunque se ve obligado a cerrar sus órganos olfatorios a causa del hedor que le llega de rancio y falta de limpieza.

—¡Has venido! ¡Que alegría me das!

—Ya te lo dije cuando te jubilaste, Joan: «Si me necesitas, silba».

—Perdona que te lo pidiera a ti, pero como cada diciembre me mandas tus christmas, te tenía localizado.

—No te disculpes, viejo zorro. Para mí es un placer volver a verte y si en algo puedo ayudarte, dalo por hecho.

—¿Quieres que te enseñe la residencia? Vengo a pasar el rato aquí durante el día, pero duermo siempre en mi casa, sabes. Necesito compañía y relacionarme con gente y aquí me cuidan.

—Cómo tú quieras. Yo he venido a ayudarte en lo que necesites.
Joan cambia de idea.

—Será mejor que salgamos a tomar algo en un bar. Así me aseguro de que nadie de aquí chafardee mis asuntos privados.

Sentados en un bar cercano, con sendas copas de vermut y unas aceitunas rellenas a compartir, Joan Cornet le expone por qué necesita su ayuda.

—Robert, tú sabes que yo nunca me casé y no tengo familia, pero no te he contado nunca por qué.

—Bueno, yo estoy como tú. Este oficio nuestro no facilita mucho, que digamos, una vida conyugal normal.

—Te contaré el gran secreto de mi vida. Así entenderás por qué necesito que me eches una mano.

» Cuando tenía veintiocho años, atendí un caso de robo en un domicilio de aquí Figueres, mi ciudad natal, y conocí la mujer más divina que jamás había visto. Era la esposa del dueño de la mansión robada, el empresario Enric Fontrodona, uno de los hombres más influyentes y poderosos de Figueres en aquellos años.

» Nos enamoramos ella y yo como dos adolescentes y tuvimos una relación amorosa muy intensa y fácil porque su marido viajaba mucho y casi nunca estaba en casa,

» Nuestro amor ha sido continuo desde aquel primer día y, a nuestro modo, feliz. Ella era (y es) muy religiosa y buena madre de sus hijos y se negó a plantearse el divorcio, pero ha correspondido a mi amor todos estos años. Y yo no podía sustituirla por otra mujer que fuera libre porque estaba, y sigo estando, profundamente enamorado de ella.

» Y no me quejo. No he tenido hijos, pero he tenido un amor realizado y pleno que me ha compensado de lejos.

—¿Sigues con ella?

—Este es el caso. Te cuento. Lidia ha cumplido los 64 este agosto.

» Hace tres años enviudó y como tenía muchos problemas de movilidad por artrosis de las rodillas (la edad no perdona), sus hijos se la quitaron de encima y la ingresaron en una residencia ancianos de Vilatenim (aquí al lado de Figueres).

» Yo le ofrecí que viniera a vivir conmigo en mi casa o que nos fuéramos juntos a la residencia que ella quisiera, pero no se atrevió a provocar un escándalo social y a enfrentarse con sus dos hijos.

» Yo la visitaba todos los días y pasábamos unos buenos ratos juntos. Éramos felices con vernos y compartir nuestros recuerdos.

—¿Y qué pasó?

—¿Te enteraste de que el pasado domingo hubo una terrible inundación aquí en Figueres?

—Sí, lo vi en Tv3. Y una amiga mía que es inspectora de seguros está ahora mismo aquí en Figueres peritando los daños de sus asegurados.

—Cayeron lluvias de hasta 244 litros por metro cuadrado. Se desbordó el río Manol y en la calle Aduana y anexas de Vilatenim se inundaron todas las casas hasta el punto de que los bomberos tuvieron que evacuar a primera hora de la tarde a todos los habitantes de la zona. . .

Robert se avanza lo que ve venir.

—...y la residencia de ancianos de Lidia se inundó.

—Correcto. Y, por un misterio inexplicado hasta ahora, Lidia no fue evacuada cuando los bomberos acudieron y permaneció largas horas sumergida en el agua fría de la inundación.

» Cuando yo, angustiado al no verla fuera, me metí con los bomberos a buscarla, la encontré en su habitación con una grave hipotermia y una neumonía de caballo. Ahora está en el Hospital Trueta de Girona, en una UCI en estado de coma.

—¡Qué horror! ¡Cuánto lo siento!

—En urgencias de Figueres le apreciaron que tenía un fuerte golpe en el cráneo que la había dejado inconsciente en el suelo de su habitación.

» Yo estoy convencido que alguien la golpeó para que no pudiera escaparse, que fue un intento de homicidio. Pero nadie ha querido hacerme caso; todo el mundo cree que se golpeó contra la mesilla del sofá porque tropezó y se cayó.

» Ella no nos puede contar lo que pasó, puede que nunca más salga del coma, pero lo que le hicieron clama venganza. Por esto te he llamado, para que me eches una mano en hallar al culpable.

—¿Has pensado en denunciar a la residencia? Era la responsabilidad de ellos evacuar correctamente a todos los ingresados.

—Te cuento los detalles. Todos los domingos ella desayuna con sus dos hijos a las nueve y pasan una o dos horas juntos.

» Por las razones que te he contado, yo no los acompaño. Yo almuerzo luego con ella y pasamos la tarde juntos. Pero este domingo, por culpa de la lluvia torrencial, no pude acudir al almuerzo porque las calles estaban cortadas por las aguas desbordadas.

» Yo di la alarma al 112 para que desalojaran a los habitantes de la zona cuando vi la inminencia del desbordamiento del río.

» Hablé con ella por el móvil y quedamos en estar a la expectativa. Cuando los bomberos y la policía municipal evacuaron la residencia, comprobé con horror que a las 16:30 Lidia no me contestaba al móvil.

» Fui al centro de acogida del ayuntamiento y pregunté a la cuidadora de Lidia si sabía dónde estaba y la mujer me dijo que no tenía ni idea de si la habían llevado a otra parte.

» Llamé a Berta, su hija, y no había movido un dedo para llevarla a su casa ni tan siquiera se había preocupado por su madre.

» Me costó un poco convencer al mando de los bomberos, pero conseguí que me acompañaran para buscarla en el asilo, inundado

con metro y medio de agua en la planta baja. Y con la ayuda de la unidad subacuática la encontré en su dormitorio, inconsciente, flotando en el agua y con una hipotermia del copón. Ya eran las 17:15.

» La llevamos a urgencias del Hospital de Figueres y, al fallar la primera reanimación, decidimos con sus hijos llevarla al Trueta de Girona, donde sigue en coma en la UCI.

» Nadie quiere tomar en serio mi teoría de que la habían atacado. Tanto los bomberos como las cuidadoras del centro creen que se golpearía al caerse. Y los hijos de Lidia, que deberían ser los que incoaran la denuncia, se tragan que ella resbaló.

» Me estoy peleando con ellos para que no desconecten el respirador artificial que la mantiene en vida. A ellos no les viene nada mal que su madre se muera cuánto antes, porque así heredarán la parte que ella todavía conserva en sus manos de la fortuna familiar.

Robert comprende ahora por qué Joan Cornet lleva días sin ducharse ni cuidar de su presencia física: está consumido por la angustia de querer salvar la vida de la mujer que ama y ha amado toda su vida. Del desborde de las aguas al desborde de la angustia.

Lamenta no tener con él la confianza suficiente para decirle que debe recuperar su higiene personal y cambiarse de ropa, que debe superar su nivel de ansiedad y depresión; que abandonarse de esta manera no va a ayudar en nada a que Lidia salga del coma. Quizás más adelante pueda enfocarle el tema.

—¿En verdad piensas que sus hijos puedan ser los culpables de golpearla?

—No descarto nada. Son unos egoístas que no le perdonan a su madre que esté conmigo y les iría bien verla muerta para poder cobrar la herencia.

—¿Hasta este punto crees que la odian?

—Se enteraron de nuestra relación cuando eran adolescentes y nunca le han perdonado que le pusiera cuernos a su padre.